

SERPIENTES EN EL PELO, UN NUDO EN EL ALMA

Siempre me han querido de rodillas. Callada, guapa, lista, que no diga lo que pienso, que sonría mucho, que mi voz no sea chillona. Siempre me han obligado a guardar silencio, a no replicar. Esperan que sea frágil y que pose como una estatua de mármol: intachable, increíble, intocable.

El mundo me quiere suplicante. Esperan que agache la cabeza y me llaman exagerada cuando alzo la voz, porque ellos querrían que rogara y que dejara que me empujaran. Olvidaron que construí un imperio y se colgaron ellos mismos las medallas.

Me dijeron que responder, luchar, revolverme y arañar estaba mal. Porque tenía que ser la más hermosa, la más muda, la más delicada de todas las flores del jardín que ellos intentaban pisotear.

Pero hay que alzarse, aguantar la mirada y sangrar espinas en una batalla que, si no venzo yo, no ganará nadie por mí. Y me llaman rara, burda y arisca; me simplifican a un adjetivo. Rebelde, responzona, sentimental, molesta, débil. Pero olvidan que soy libre. Que no suplicaré por un respeto que me deben, sino que lucharé por él. A pesar de todo. Para mí, por mí; por todas.